

en cambio, que deis un bravo y un aplauso a esos hermosos lirios del Valle josefino (*señalando a los palcos de las señoras*) que perfuman la pura atmósfera que nos envuelve, que es la atmósfera del ferviente patriotismo! Un

bravo y un aplauso a las bellas costarricenses que honran esta velada, y que dan vida y dulce inspiración a nuestro pensamiento! (*Bravos y ruidosos y repetidos aplausos*).

(*Revista de la Universidad, Tegucigalpa*).

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

HECHOS DE UN MISMO METAL

POR CALEB WRATH

LA opaca luz de una mañana fría y húmeda bañaba ya los tejados de la vieja ciudad y comenzaba a filtrarse por los cristales polvorientos de las *tabatières*, ventanillas que se abren hacia afuera, como las cubiertas de las tabaquerías, sobre los techos inclinados, cuando tocaron a la puerta del *grenier* de Rúpert Crócker.

A la media luz que reinaba en la bohardilla todo era confusión quieta y silenciosa. Un caballete de pintor se inclinaba y torcía en un rincón; y sobre la mesa, las dos sillas y el piso sin alfombra estaban tirados indiferentemente lienzos, libros, prendas de vestir, y, aquí y allá, una paleta o un vaso erizado de pinceles.

Tum... tum... tum... los golpes dados en la puerta eran cada vez más recios. Al fin los cobertores de la cama se levantaron lentamente, y por debajo de una de las puntas apareció despaibilándose un rostro joven y delicado.

El joven se levantó tiritando, y en su traje de dormir se encaminó a la puerta, andando de puntillas sobre el pavimento frío.

Era la *concierge*.

—*Une dépêche, monsieur*,—dijo entregándole un billete azul.—*Elle vient d'arriver*.

—*Merci, madame*.

Cerró la puerta y corrió de nuevo a refugiarse en la cama.

—¿Quién diablos puede enviarme un telegrama?—pensó, pues todos sus conocidos vivían en el *quartier* limitado por el río y el Boulevard Montparnasse, la Rue des Saints-Pères y el Halle-aux-Vins, es decir, a quince minutos de distancia.

RÚPERT CRÓCKER, 19 RUE VALETTE, PARÍS. TU PADRE GRAVEMENTE ENFERMO. VEN. TU MADRE.

—¡Un telegrama!... ¡De casa!...

Por primera vez en varios meses su

pensamiento voló a la pequeña y tosca ciudad nativa de Pensilvania, llena de fábricas. Vió a su padre y a su planta de fundición. Era imposible pensar en ellos separadamente: la vida de su padre habíase confundido con la de sus talleres. Y el viejo estaba enfermo... Era extraño. Cuadrado de hombros y de quijadas, y ancho de pecho, era todo huesos y músculos, y siempre le había parecido tan robusto como un toro. De súbito dilatáronse las narices del mozo, su delicada faz se endureció y el antiguo resentimiento hacia su padre se reanimó en su pecho.

Era algo que nunca acertó a comprender por completo. Jamás había sentido lo mismo hacia su madre: los dos se habían comprendido. Y sin embargo, cuando niño había ansiado especialmente el afecto de su padre. Era como si el duro y rudo fabricante, insensible a la delicada naturaleza del muchacho, hubiera desdeñado su «blandura» y le hubiera negado ásperamente el cariño que su hijo solicitaba. Rúpert recordó con amargura que un día, cuando apenas tenía cinco años, su padre lo llevó a la fundición en momentos en que estaban fundiendo. El metal líquido saltaba de la gran paila a los moldes de arena; y, como el niño retrocediera llorando, su padre le gritó enojado: «¡Quieto! ¡Si tuvieras más hierro de ése en las venas, podríamos hacer de ti un hombre!»

Rúpert volvía a ver a su padre tal como se le apareció durante la última escena entre ambos. Recordaba los penetrantes ojos grises, el fuerte cuello desnudo, las ásperas mejillas tan rubicundas que las venas resaltaban en ellas y en los lados de su gran nariz, y las fuertes y groseras manos de John Crócker que accionaban con énfasis al tiempo que decía:

—Cualquiera que sea el oficio que

escojas, no llegarás a ser nada sin un período de aprendizaje. Si crees que debes ser un artista e ir a estudiar a París, no me opongo; por el contrario, te pagaré el pasaje y te daré algún dinero para que comiences. Pero si, como siempre lo he deseado, vienes a la fábrica a trabajar conmigo, no debes imaginarte que vas a hurtarle el cuerpo al trabajo fuerte. Te concederé seis meses de aprendizaje en el departamento de máquinas y otros seis en la fundición. Eso es más de lo que yo estuve en cada uno, pero creo que será suficiente para probar si sirves o no para algo. Ahora tú decidirás.

Rúpert estaba decidido. La fundición y las máquinas no se habían hecho para él. Durante su adolescencia, el resentimiento hacia su padre había llegado a abarcar cuanto parecía más característico del hombre: su taller de fundición, su parda y rústica ciudad industrial y su basto materialismo. Arrebatado por un espíritu de rebelión contra todo esto, el muchacho se había refugiado en el arte, y dos años atrás vino a París lleno de esperanzas. Había trabajado con ardor, espoleado no solamente por el amor a la pintura, sino también por el deseo de vindicarse a sus propios ojos. Y era principalmente el desdén de su padre el que lo estimulaba. Había conseguido un triunfo secundario con el interior de una fundición, cuadro nacido de sus recuerdos de la infancia. La tela atrajo algo la atención en el Salón y después se la vendió a un traficante en cuadros.

El telegrama se le cayó de la mano, y Rúpert principió a trazar nerviosos dibujos sobre el polvo de la pared inclinada que le quedaba enfrente. No deseaba regresar a los Estados Unidos. Apenas empezaba a adelantar, y en su patria no encontraría más que desaliento. Imaginaba el frío desdén del padre cuando supiera que su hijo había estado a punto de morir de hambre, y que los años de trabajo sólo le habían valido un éxito insignificante. Preguntaría en cuanto había vendido Rúpert el cuadro:

—¿Seiscientos francos?... ¡Magnífico! Ese era casi el precio de una tonelada de hierro colado... ¡Y por dos años de trabajo! ¡Ah, muchacho! ¡A ti no te va muy bien!

Estremeciéndose, Rúpert saltó de la cama y se quedó de pie contemplando la chimenea que bostezaba ante él, negra y vacía. Miró en torno suyo buscando leña. No había. Sus ojos tropezaron con una de sus antiguas telas... Bueno, ¿por qué no? No podía negarse a volver a casa, y si iba, no llevaría los cuadros consigo. No valían la pena: obras de principiante cuando más. Arrancó brutalmente el lienzo del marco de madera y lo echó al